

Cuando el crimen reza. Cultos, prácticas, ritos y narcorreligiosidad en el crimen organizado

Pablo Zeballos
Editorial Catalonia
Santiago, 2025
344 págs.



Este es un libro extremadamente original escrito por alguien que ha estado en terreno, en zonas vedadas, cárceles y fronteras investigando las diversas expresiones de religiosidad que se encuentran en el crimen organizado de nuestro continente.

La conexión entre religión y el crimen se remonta a nuestros recuerdos de la película *El Padrino*, que retrata el contacto de la mafia siciliana con la Iglesia católica, que incluía el cumplimiento riguroso de los preceptos entre los bandidos y la vista gorda que hacían capellanes y párrocos de las actividades criminales. Este panorama tradicional ha cambiado con la condena explícita que hizo Juan Pablo II y luego el Papa Francisco, que han aclarado definitivamente que no se puede pertenecer a la mafia y permanecer

católico, algo de lo que dio un testimonio heroico el padre Giuseppe “Pino” Puglisi, en proceso de beatificación, después de caer abatido por adoptar una actitud de resistencia y denuncia activa de la criminalidad italiana.

Todo esto sirve de antecedente para examinar la abundancia de símbolos y prácticas religiosas del crimen organizado latinoamericano que, aunque vinculado con el catolicismo popular, adopta un aire propio y se aparta de toda mediación eclesial. El narco ha encontrado fuera de la Iglesia, en la santería popular, sus principales recursos religiosos. La virgen negra de Monserrat de la Viñita en Recoleta, con antecedentes en la Virgen catalana, ha adquirido cierta reputación de virgen del hampa, pero la criminalidad se transforma y las imágenes antiguas y sobre todo la conexión mariana quedan obsoletas. No existe una Virgen para bandidos.

Los santos populares ofrecen, sin embargo, una oportunidad propicia. La Santa Muerte, imagen mexicana asociada con la marginalidad urbana, ha sido adoptada crecientemente por las bandas delictivas: se le pide protección para operaciones criminales, pero también —algo que no se puede hacer con la Virgen o con santos canonizados— se le solicita maldecir y perjudicar a los enemigos. La Iglesia ha reaccionado vivamente en contra y prohíbe bendecir imágenes, a pesar de que la Santa Muerte es sincrética y convive con el culto guadalupano.

Un caso de apropiación de santos populares es el de Jesús Malverde, en México, ensalzado después de un supuesto milagro en favor del cartel de Sinaloa. Los Santos Malandros y la Corte

Malandra que se desprenden de María Lionza, la santa popular venezolana, son grupos que veneran a “delincuentes muertos en circunstancias trágicas elevados a la categoría de entidades milagrosas” (134). Se puede llegar más lejos con los Paleros, sacerdotes de un culto a los muertos que utilizan huesos de personas notables que hayan vivido o muerto en circunstancias especiales, y con santeros que ofrecen protección y venganza en conexión con devociones del mundo afroamericano.

Es evidente que la espiritualidad narco está asociada con una vida sometida

constantemente al riesgo de morir en un asalto, una quitada de drogas o una riña carcelaria. Los narco-mausoleos conmemoran y enaltecen la muerte violenta, pero también son una señal de identidad y de control territorial —generalmente construcciones sólidas y protegidas incluso con cámaras de seguridad.

La utilización de la religión para legitimar la violencia, el crimen y un modo de vida marginal es evidente en todas estas manifestaciones, relatadas por Pablo Zeballos con un brillo y pormenor de quien ha investigado a fondo la cultura del narcotráfico.

Eduardo Valenzuela